

La Gran Vía

Revista Semanal Ilustrada

AÑO III

Madrid 15 de Septiembre de 1895.

Núm. 116.

NOTA ARTÍSTICA



UNA GALLEGA

La semana pasada.



ADVERTENCIA. Como ustedes ven, vuelvo á la casa paterna, á LA GRAN VÍA.

Lo cual que les tendrá sin cuidado, pero bueno es que se sepa,—como decía aquel zagalón del cuento:

—Padre, vengo del pueblo de la abuela; sabrá usted que se ha muerto ella de repente; ya sé que no importa, pero bueno es que lo sepa usted.

OTRA. Título á esta sección *La semana pasada*, refiriéndome á la última, que así se entiende vulgarmente, por más que todas las anteriores sean también pasadas, desde la semana de la creación del mundo, hasta nuestros días.

*
* *

Dentro de poco habremos pagado millón y medio de duros á un tal Mora, individuo español con la cabeza norteamericana.

¡Millón y medio de duros!

¡Cuántos artículos representan esos duros!

Ignoro la parte que me corresponderá pagar de esa cantidad.

Pero creo que será igual, al poco más ó menos, á las que correspondan á sinnúmero de caballeros que andan locos por lo que se ha pagado á ese Mora.

Un lidiador de toros de este reino y de Ultramar, me preguntó, en oyendo hablar de la indemnización de Mora:

—¿Ese es pariente de Gonzalo, que en paz descanse? ¡Pobre Gonzalo! ¡Tan patriota como era!

En cambio, de la indemnización de Moro ó del Moro, nada se sabe.

Esto también indigna á muchos hombres de carácter.

Unos, de carácter levantisco; otros, de carácter anciano.

Tengo yo un vecino, es decir, lo tiene su mujer, que la administra cada pie de paliza que la descoyunta; todo porque el infiel marroquí no paga la indemnización á España.

Esto lo hace siempre que se siente beodo, y se siente todos los sábados, y algún día entre semana.

La indignación contra su esposa consiste en que teniendo ella un hermano á pupilo en la Universidad de Melilla, no influye en el Moro para que pague lo que debe.

Y son inútiles las reflexiones que le opone su compadre en defensa del marroquí.

—Anda, hombre, que harta desgracia tiene con verse entre tantas mujeres y sin poder probar el *mollate*.

*
* *

Ya han regresado á Madrid las primeras familias. Vamos, las primeras en el orden de regreso.

Las de Cerviguillo, la viuda de la Jarretierre, el corresponsal voluntario y gracioso—ó gratuito—de *El Defensor de las clases criminales*, y otros personajes importantes están ya en Madrid para el invierno, para todo el invierno.

¡Qué felicidad la nuestra!

La viuda volverá á abrir sus puertas, las de Cerviguillo también.

Aquellas inolvidables reuniones, con medias de abajo, que fueron encanto de amigos y conocidos, se reanudarán en el próximo mes de Octubre.

Algunos de los gatos que dejaron en Madrid las familias que han pasado el verano, ó parte de él, en la Muñeza ó en Colmenar *d'oreille*, han fallecido por no poder soportar, en ayunas particularmente, la ausencia de sus amos.

¡El gato es animal tan sensible!

Sobre todo al hambre.

No puede pasar muchos días sin ver á sus dueños y sin comer.

Y cuidado que hay *minino* de esos que debiera estar acostumbrado.

*
* *

Madrid resucita.

Ha regresado Emilio Mesejo.

La Comedia inaugurará la temporada con algo de Moratín, seguramente, y los estrenos con una obra de un pastor.

No protestante, sino de cabras.

Empiezan los infundios.

¡Buen año!

He oído decir que contaba también con una comedia de un aguador de la fuente de Pontejos.

Cuando hay buenos modelos ¡cómo se desarrollan la afición y el... compás... digo, el buen gusto!

EDUARDO DE PALACIO.

Al público

Las oficinas de LA GRAN VÍA quedan instaladas en la calle de Quintana, núm. 34, hotel.

La nueva empresa de esta REVISTA, se propone introducir las mejoras que estén á su alcance sin reparar en gastos ni sacrificios. Enemiga de programas deja al tiempo el cuidado de demostrar cuáles son sus propósitos. Estos se traducirán en hechos tan pronto se ultimen los trabajos de instalación y de organización, causa inconsciente de cualquiera deficiencia que en estos primeros números pueda observarse.

¿POR QUÈ?

Á.. ELLA.

¿Por qué te hallo tan graciosa
Si tus repulsas escucho?
¿Por qué, Margarita hermosa,
Me pareces fastidiosa
Siempre que me quieres mucho?

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

USTED PRIMERO

La extrema urbanidad y cortesía
Agota y cansa la paciencia mía.
Figúrate, lector—y es un ejemplo,—
Que entrar queremos en palacio ó templo,
Ó en sala, ó en alcoba, ó gabinete,
Y que somos por junto seis ó siete.
¿No es un feroz y bárbaro tormento
El pesado y molesto cumplimiento
De: *Pase usted primero...*

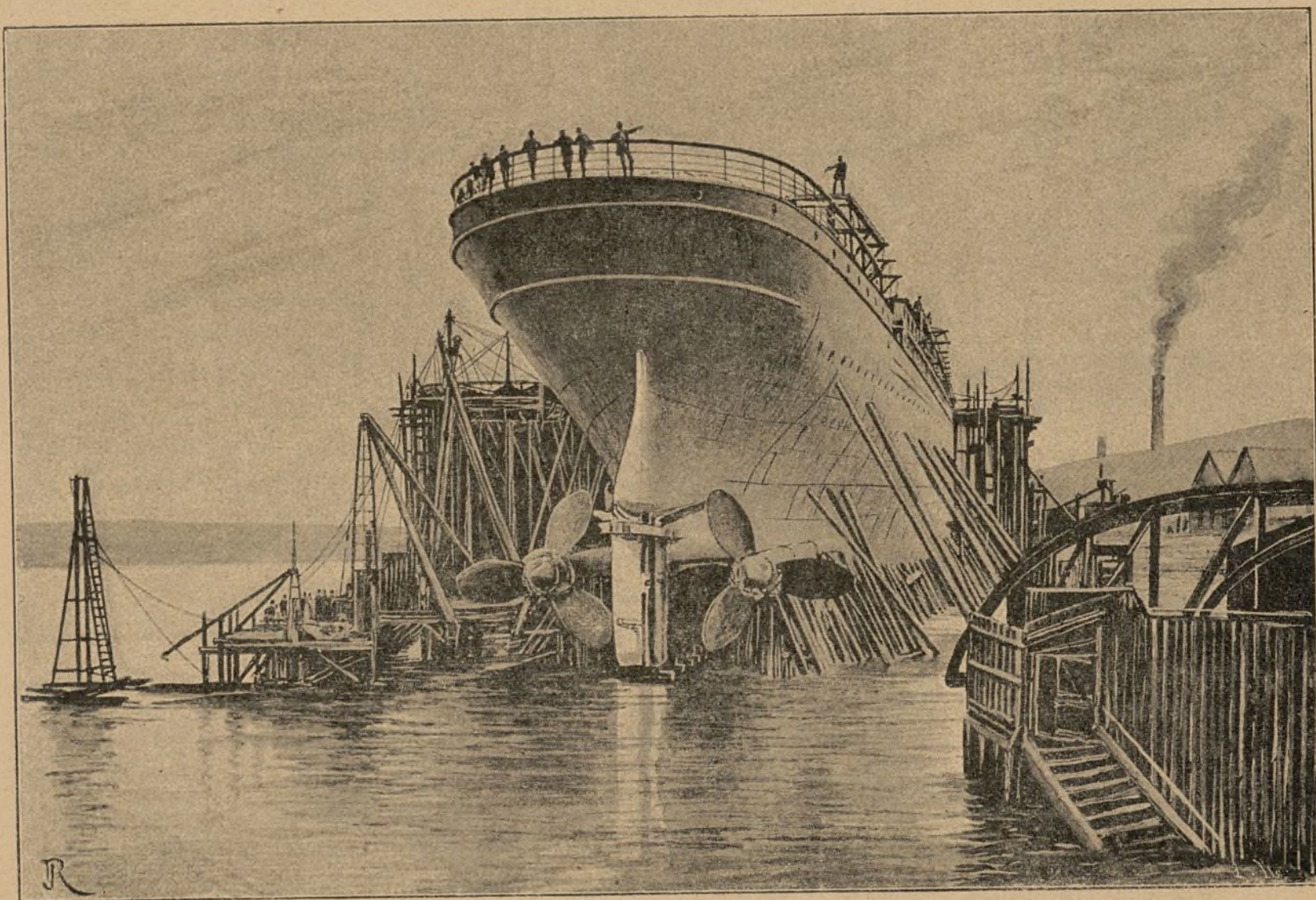
—No puedo permitirlo, caballero.....

—Tenga usted la bondad..... haga el favor...

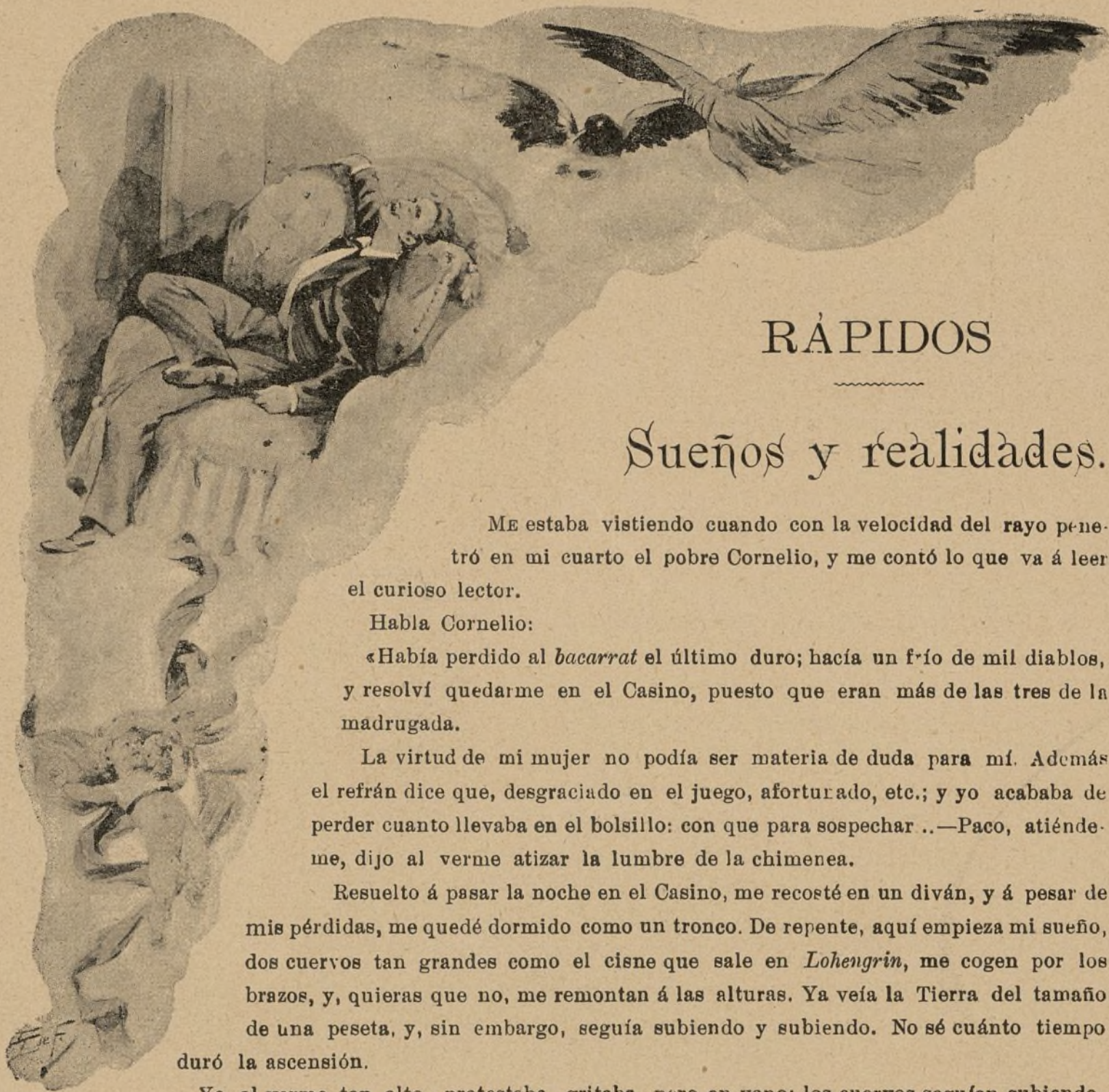
—De ninguna manera: no, señor?

Ya que así pasan horas
Galanes y señoras,
Estando todos ellos convencidos
De lo necios que son tales cumplidos,
A dar voy un consejo,
Y mírese quien quiera en este espejo:
Si te indican que pases adelante
No te hagas de rogar, pasa al instante.

DR. THEBUSEN



EL NUEVO TRASATLÁNTICO «SANTIAGO» (De fotografía tomada en el astillero.)



RÁPIDOS

Sueños y realidades.

ME estaba vistiendo cuando con la velocidad del rayo penetró en mi cuarto el pobre Cornelio, y me contó lo que va á leer el curioso lector.

Habla Cornelio:

«Había perdido al *bacarrat* el último duro; hacía un frío de mil diablos, y resolví quedarme en el Casino, puesto que eran más de las tres de la madrugada.

La virtud de mi mujer no podía ser materia de duda para mí. Además el refrán dice que, desgraciado en el juego, afortunado, etc.; y yo acababa de perder cuanto llevaba en el bolsillo: con que para sospechar...—Paco, atiéndeme, dijo al verme atizar la lumbre de la chimenea.

Resuelto á pasar la noche en el Casino, me recosté en un diván, y á pesar de mis pérdidas, me quedé dormido como un tronco. De repente, aquí empieza mi sueño, dos cuervos tan grandes como el cisne que sale en *Lohengrin*, me cogen por los brazos, y, quieras que no, me remontan á las alturas. Ya veía la Tierra del tamaño de una peseta, y, sin embargo, seguía subiendo y subiendo. No sé cuánto tiempo duró la ascensión.

Yo, al verme tan alto, protestaba, gritaba, pero en vano; los cuervos seguían subiendo.

De pronto detienen su vuelo y me dejan caer sobre una nubecilla blanca, que era por lo menos tan blanda y mullida como el diván de donde me arrancaran.

—Menos mal, me dije, que no me han dejado caer á tierra; y medio aterrado y medio curioso, quedé esperando á que aquellos grandísimos... cuervos decidieran de mi suerte.

No habían pasado cinco minutos, cuando una nube muy grande que había frente á mí se abrió, como si fuera un portier, y me dejó ver el espectáculo más curioso que puedes imaginarte.

En un salón formado de nubes, donde ardían pebeteros con las más finas esencias, había sentados á la mesa como una veintena de angelitos, á cual más preciosos. Ellos vestían de rigurosa etiqueta, y ellas un poco más ligeras de ropa que van aquí al Real las señoras.

Comían con el mismo apetito que un empleado en Ultramar, y bebían el espumoso Champagne y el selecto ponche humeante, servido en ponchera de oro.

Allí todo era alegría, animación y deleite, y yo los miraba poseído de admiración.

Casi estaba tentado por dar gracias á los cuervos por haberme llevado allí, cuando cácate que uno de los amorcillos, alzando su copa, exclamó:

—¡Brindemos por el Amor, que todo lo puede!

—O *La Pata de Cabra*, dije yo interrumpiendo á mi amigo; pero me contuvo con una severa mirada, añadiendo:

—No te burles, que ahora empieza lo grave.

Iba á objetarle que no veía la gravedad del asunto; pero hizo un gesto que me obligó á callar y prosiguió de esta suerte:

—¡Alto ahí! gritó un angelito muy rubio y muy colorado que se entretenía en pellizcar á una de las comensales.—Todo no lo puede, que yo conozco un caso de rebeldía.

—¡Imposible! gritaron los demás.

—Pues es posible, y muy posible. Si os empeñáis, digo el nombre...

—¡Que lo diga! ¡Que lo diga! gritaron todos.

—Pues bien, lo diré. Se llama X** X**, habita en la Tierra, y, á pesar de todos mis esfuerzos, no ha amado todavía, aunque está casada con un bobo de marca mayor

El caso es mi mujer, con o habrás comprendido: el bobo, yo.

Iba á lanzarme contra el angelito que así se expresaba, cuando de un extremo de la mesa gritó otro comensal:

—¡Hermano, te equivocas! Esa mujer ama.

Respiré. ¡Ya sabía yo que mi mujer me adora!...

Y siguió el ángel diciendo:

—Ama desde hace un mes, aunque no á su marido.

—¡Cueños! grité: y me arrojé sobre aquellos desvergonzados con el propósito de pulverizarlos. Pero, como por arte de encantamiento, la nube que me servía de base se vino á tierra; di un golpetazo, por fortuna sobre el diván, y desperté.

—¡Es gracioso el lance! exclamé.

—No te rías, y óyeme, dijo mirándome iracundo. Sin perder un instante salí del Casino, monté en el primer coche que hallé á la puerta, y volé á mi casa. Allí...

—Allí te convenciste de que los sueños son sueños y de que tu esposa...

—No, querido, no. Allí me convencí de que aquellos malditos amorcillos tenían razón y de que soy el más desgraciado de los mortales.

—¡Cómo!

—Sí; mi mujer estaba en dulce coloquio con el vecino del tercero.

Mi amigo guardó silencio. Estaba profundamente emocionado.

Su frente se inclinaba sobre el pecho como si no pudiese soportar el peso de sus sufrimientos.

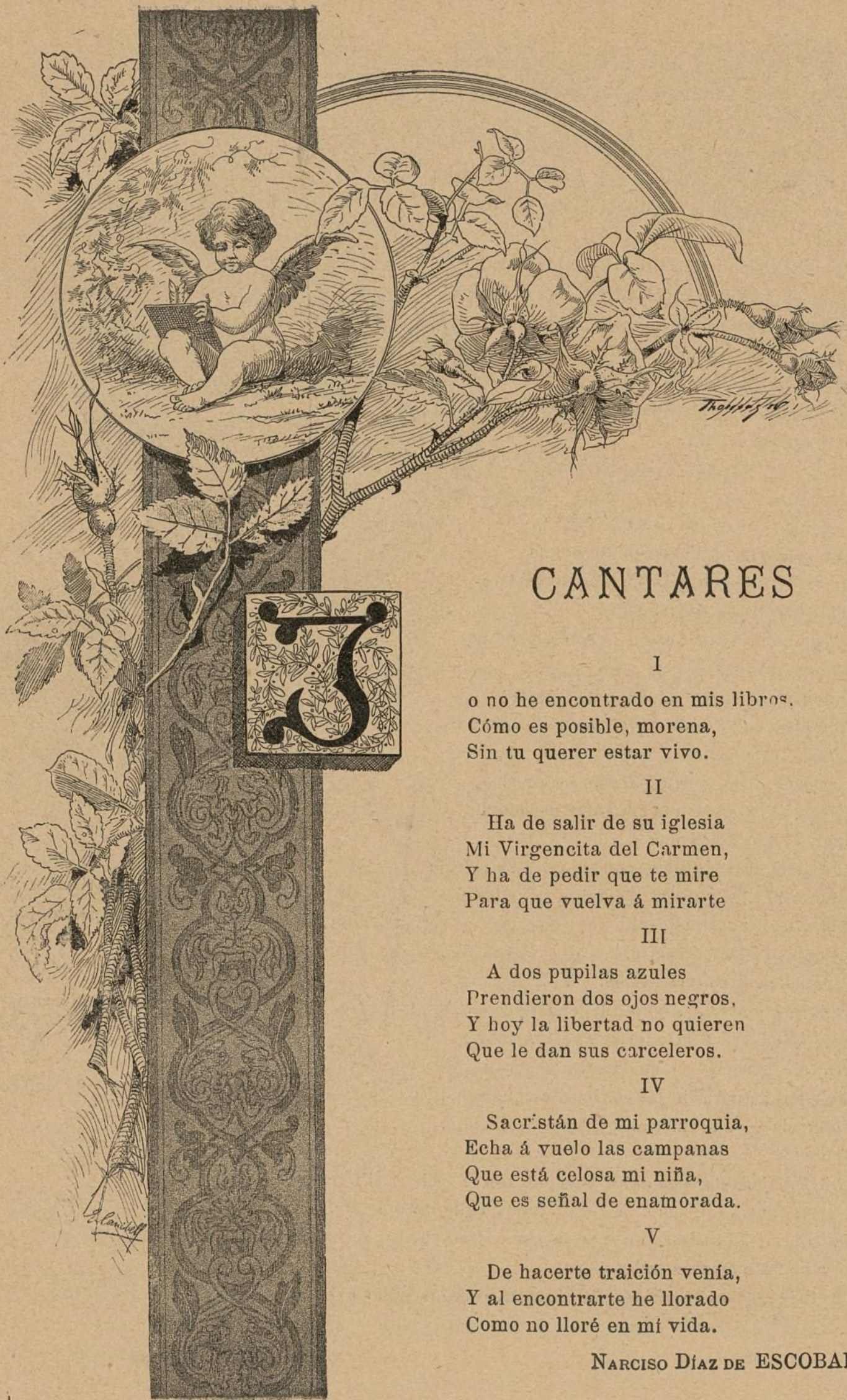
En vano traté de consolarle.

Y cuando media hora después le ví partir, pensé recordando su desgracia:

—La verdad es, que hay sueños que parecen realidades.



J. GONZÁLEZ FORTE



CANTARES

I

o no he encontrado en mis libros,
Cómo es posible, morena,
Sin tu querer estar vivo.

II

Ha de salir de su iglesia
Mi Virgencita del Carmen,
Y ha de pedir que te mire
Para que vuelva á mirarte

III

A dos pupilas azules
Prendieron dos ojos negros,
Y hoy la libertad no quieren
Que le dan sus carceleros.

IV

Sacristán de mi parroquia,
Echa á vuelo las campanas
Que está celosa mi niña,
Que es señal de enamorada.

V

De hacerte traición venía,
Y al encontrarte he llorado
Como no lloré en mi vida.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.



Las últimas bañistas.



LEYENDA

El pico maldito

I

Aquel día, cuando nunca, las canciones obscenas, los gritos y las carcajadas llenaban los ámbitos del castillo, convertido por su dueño en baluarte contra los enemigos de su religión y de su patria, en teatro de las más báquicas y licenciosas escenas. El joven señor de pie, desaliñado el traje, una copa en la mano, llevando en su rostro las huellas de groseros placeres, decía dirigiéndose á los que le rodeaban, jóvenes tan como rompídos como él, y mujere-indignas de tal nombre:

—Bebamos, brindemos al buen éxito de mi empresa...; sí, mía será; ningún obstáculo me detendrá; esquivase mostró á mis ternezas, altiva rechazó mis súplicas, y con lágrimas de sangre pagará sus desdenes; mía será; de nada servirán sus sollozos, ni el poner frente á mi pasión esas palabras vanas, honor, honradez, virtud, con que dice quiere enternecer mi alma. Tonta, ¡mi alma! No sabe que un día la dejé olvidada en el fondo de un vaso de aguardiente.

¡Oh, es muy hermosa! Frisa en los diecisiete años; las gracias de la mujer, realzadas por la candidez de la juven-

tud, la hacen mas bella; más bella no, imposible; la descripción de lo que es, sería vano intento. Figuráos el hada que en vuestros sueños de niño habéis visto, ó la creación de un poeta de imaginación calenturienta, y tendréis algo aproximado á su retrato.

¡Y esa mujer se me niega! Bebamos, bebamos, quiero olvidar; cuando tal recuerdo me atormenta, siento vértigos, todo lo veo rojo, y quisiera...

—Señor—dijo entrando en la sala del festín su paje favorito—insistente demanda audiencia uno de vuestros vasallos. No hubiera yo hecho llegar hasta vos su petición, á no ser el que la desea el padre de María.

—Que entre—respondió su amo con temblona voz;—veremos lo que pide; nunca más á tiempo, A poco penetraba en la estancia un venerable anciano, altivo el continente y reflejándose en su cara la

honradez de su alma; venían acompañándole dos labriegos que eran hijos suyos; atónitos quedaron ante el espectáculo que se ofreció á sus ojos. Mas un ¿qué queréis? del señor les sacó de su estupor, y con reposada voz y tono respetuoso, el anciano contestó:

—Señor, no sé si debo...

—Habla—contestó aquél,—todos pueden oír á lo que vienes; son ellos, y sobre todo ellas, de toda mi confianza.

—Pues bien, señor—continuó el labriego—tengo una hija, María, consuelo de mi vejez, en la que cifro mi cariño y en la que miro satisfechos mis deseos de padre, pues casta y pura, cual sencilla violeta, es la que con el perfume de su virtud embalsama mi morada, y con alegría me hace llevar la pesada carga de mis años; en mal hora nació hermosa, pues su belleza en ella hizo os fijáseis y que queráis arrebatarme mi único bien. Mi deber me obliga á defenderla, á defenderme, y por eso vengo á deciros: Señor, mi vida, la de mis hijos que conmigo aquí están, vuestras son; nuestra hacienda vuestra también, pero la honra de mi hija y con ella las nuestras, son sólo de Dios, y á nadie más que á Él las entregaremos...

—Calla, estúpido viejo—exclamó todo trémulo de cólera y vino el dueño del castillo—vienes á desafiar-me, miserable villano; y ¿cuándo? cuando el recuerdo de tu hija más me atormenta... ¡vive Dios!... Mía será... tu honra... ¿acaso la tienes para así invocarla? Vuestras vidas mías son, y las tomé. ¡Hola, mi gente, coged á esos villanos, y que dentro de un minuto sus cuerpos colgados sirvan de adorno á las almenas de mi castillo; y nosotros á beber; ¿qué, os asustáis? No vale la pena; ¿no me ofrecen sus vidas? las acepto; su hija me la niega, la tomaré; nada se opone á mi voluntad: soy el amo, el dueño, el señor.

II

Las cercanías del castillo poblábanse de gente; la noticia de la ejecución corrió por la aldea con la velocidad del rayo; las maldiciones, juramentos y exclamaciones de ira formaban ensordecedor conjunto.

A poco, conforme al mandato de aquel monstruo, tres cuerpos balanceándose en el aire servían de lúgubre adorno á las almenas del castillo, y desde un pico de la montaña en el que desde más cerca podían ver se los muertos, una mujer, la cabellera suelta, el hermoso rostro bañado en lágrimas, de rodillas, los brazos extendidos, gritaba: ¡Mi padre... mis hermanos!...

Atraídos por el creciente murmullo de la muchedumbre, los comensales del banquete y el anfitrión se asomaron á las ventanas. De pronto aquella mujer llamó su atención y al divisarla éste, exclamó:

—Es ella, ella... y llora... miserable... ¡Qué he hecho! Yo soy la causa de su dolor, venid, venid... voy á pedirle perdón, á mitigar su pena...

Y con rápido paso salió del castillo: atropellando todo escaló la montaña, y al llegar junto á María cayó de hinojos, diciendo:

—¡Perdón, perdón!

Ella al verle irguióse; expresión siniestra cubrió su faz adorable, y abalanzándose el causante de su mal, asió con ambas manos su cuello sin cesar de repetir: ¡Mi padre... mis hermanos!...

Poco era el trecho que les separaba del borde de la pendiente: en la lucha de él por desasirse y de ella por no soltarle, llegaron al límite y juntos rodaron al fondo del abismo, estrellándose en su caída.

Desde entonces hay la creencia en aquella comarca, que en el fondo del barranco del *Pico maldito*, nombre que lleva el sitio de tan trágico suceso, se oye muy frecuentemente la voz de María gritar: ¡Mi padre... mis hermanos!...

AGUSTÍN P. SANZ.

LA VIDA

Viene el alma, del cielo descendida,
á cumplir su misión sobre la tierra,
y comienza á luchar en ruda guerra,
á la inerte materia dando vida.

No consigue la dicha apetecida
mientras vive en el cuerpo que la encierra,
hasta que de él se aleja y se destierra
para volver al punto de partida.

De modo igual que el agua al mar llevada,
por el sonoro y bullido riachuelo,
se torna amarga al ser allí mezclada;
hasta que, haciendo al alma paralelo,
en vapor invisible transformada,
del mar se aleja y se remonta al cielo.

SALVADOR ROLDÁN.

DESGRACIAS PERSONALES

No se trata de las que son dolorosísimo efecto de esos tantos terribles accidentes como poco menos que á diario nos conmueven y horrorizan.

No nos proponemos conturbar los ánimos con el relato de desdichas producidas por siniestro ferroviario, ni explosión de *grisou*, ni hundimiento de puentes ó túneles, ni catástrofes hijas del inicuo anarquismo, etc., etc.

Nada de eso.

Y todo lo contrario á eso.

Las desgracias personales de que vamos á ocuparnos, pertenecen al número de las que hacen reir á todo el que tiene conocimiento de ellas.

Dirán ustedes... ¡Cómol... ¿Desgracias que causan risa?...

Sí, señores, sí; que, á veces, producen hasta carcajadas epilépticas.

Porque vamos á ver: ¿no es una verdadera desgracia, que en muchos casos suele ocasionar funestos resultados, que un prójimo resbale ó tropiece y dé con toda su humanidad en el santo suelo?

Pues no hay nacido que, presenciando el batacazo, no suelte la risa.

¡Y no hay quien me lo niegue!

Después, sí; como por remordimiento de la conciencia, se revela la compasión, y exclamamos: ¡Pobre hombre!... Y hasta hay quien le ayuda á levantar y le pregunta con interés: ¿Se ha lastimado usted?

Pues, ¿y cuándo la víctima es una mujer, y enseña en la caída aquella parte de su persona que tanto se asemeja á la superficie exterior del planeta que habitamos?

¿No es una verdadera desgracia la deformidad de todo, ó una parte del cuerpo, y con serlo y todo, lo menos que hacemos es sonreir cuando aparece á nuestra vista un ciudadano que tiene un pepino por nariz?

¿Y el que luce un bulto del tamaño de un tomate grande, tumor ó *kiste*, encima de uno de los temporales, cuando no en el centro del mismísimo coronal?

¿Ó aquel que soporta resignadamente el producto de un *bófio*, y ostenta en el cuello una bolsa como la de un *canguro*?

Y dejando á un lado las deformidades individuales, y atendiendo al *exterior* de la indumentaria humana, ¿quién no rie contemplando al que tiene la desgracia de que le venga siempre *corta la ropa y grande el sombrero*?

Y por antítesis, ¿la ropa *larga* y el sombrero *chico*?

.....
Convengan ustedes conmigo en que hay desgracias, verdaderas desgracias que causan, inevitablemente la risa, que no sólo, como dijo mi inolvidable amigo *Serra*,

La sociedad toma á risa
Todo lo que llega al alma,

sino cuanto se revela en el cuerpo y se traduce por aditamento ridículo, deformidad cómica, defecto, mueca, cojera, tartamudez, joroba, etc., etc.

Y... ¡compensación justa, como obra de la Providencia divina!

¡Los que en la forma externa resultan más perfectos, son, en muchos casos, los grandes modelos de imperfección moral!

EDUARDO SACO.

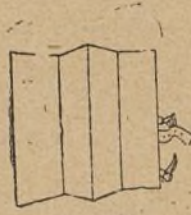
LA PRUEBA DEL PANTALÓN



El pantalón del señor.



Veamos.



Me lo probaré.



¡A ver!



¡Bien!



¡Muy bien!



Ahora á caballo.



En marcha por el Bosque.



¡Buenas tardes!



¡Adiós!



Al trote.



Al trote largo.



Al galope



A saltar



¡Puu!



¡Ay!...



Las consecuencias.



PROBLEMA



Sus padres pobres;—no tienen rentas,
y disfrutan un sueldo—de mil pesetas.
Visten con lujo;—fuman habanos,
y en la *Concha* se pasan—todo el verano.
Doy mil pesetas—al que averigue
la martingala—con que estos viven.

X

CHARADITA, POR MARZAL.

Una prima con segunda.
que muy tres y cuatro está;
en todo tengo, lector,
que es tierra de mucha sal.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

POR MARZAL

- 1.2.7. El pájaro.
5.3.6.4. Máquina.
1.2.3.4.5.6.7. Embarcación.

CHARADA ROMANA

POR MARZAL

Cinco y vocal la prima
de mi charada.
La segunda cincuenta
y piel declara.
Siendo mi todo,
un jinete, un juego
y á más adorno.

DOBLE ACRÓSTICO CENTRAL

POR F. NOVEJARQUE

** 0 0 **
** 0 0 **
** 0 0 **
** 0 0 **
** 0 0 **
** 0 0 **

Cambiados los ceros y estrellas por
letras se leerá horizontalmente:

Infinitivo.—Pintor.—Tiempo verbal.
Nombre de mujer.—En las fachadas.—
Pájaro.

En la primera vertical de ceros se
leerá el nombre de un conocido torero
y en la segunda su apellido.

CHARADAS PARTIDAS

POR MARZAL

- 1.^a Un tarugo y en medio una nota mu-
sical, dan una pieza de guerra.
2.^a Entre el asiento de un libro comercial
colocad un medicamento y tendreis una par-
te anatómica.

BIBLIOGRAFÍA

NOVELAS MILITARES. *El ca-
bo Juan Miseria* y la *Coronela
Lanzarote* se titulan los dos
libros que acaba de dar al pú-
blico Jaime de Santa-Cilia y
que inauguran la serie de no-
velitas que este distinguido
oficial del ejército y castizo
escritor se propone publicar.

El cabo Juan Miseria es una
novela llena de interés dia-
mático, cuya lectura atrae y
deleita por la verdad de sus
situaciones y por lo bien ha-
blado que está.

La *Coronela Lanzarote*, se-
gunda parte de *El cabo Juan
Miseria*, es tan interesante
como éste, y acaso le supere
en las bellezas de la forma.

Ambos libros se venden en
as librerías de Madrid, y

en Toledo, casa de Peláez Hermanos.
Precio de cada tomito, 1 peseta.

ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros Correspon-
sables que á todo paquete que devuel-
van acompañen la faja para conocer
su procedencia.

A PUESTA

He apostado con Marquínez
y á cualquiera apostaría,
á que no hay camisería
mejor que la de Martínez.

San Sebastián, 2, Madrid.

Dr. Balaguer, Preciados, 25
Instituto de vacunación de ternera.

Vacunación diaria de 2 á 5.

Se vende y remite vacuna á provincias.

Las soluciones de los pasatiempos de este
número se publicarán en el siguiente.

No se devuelven los originales
literarios ni artísticos.

